

RENOVACIÓN EL ESPAÑOL REVISTA-SEMANAL-ILUSTRADA

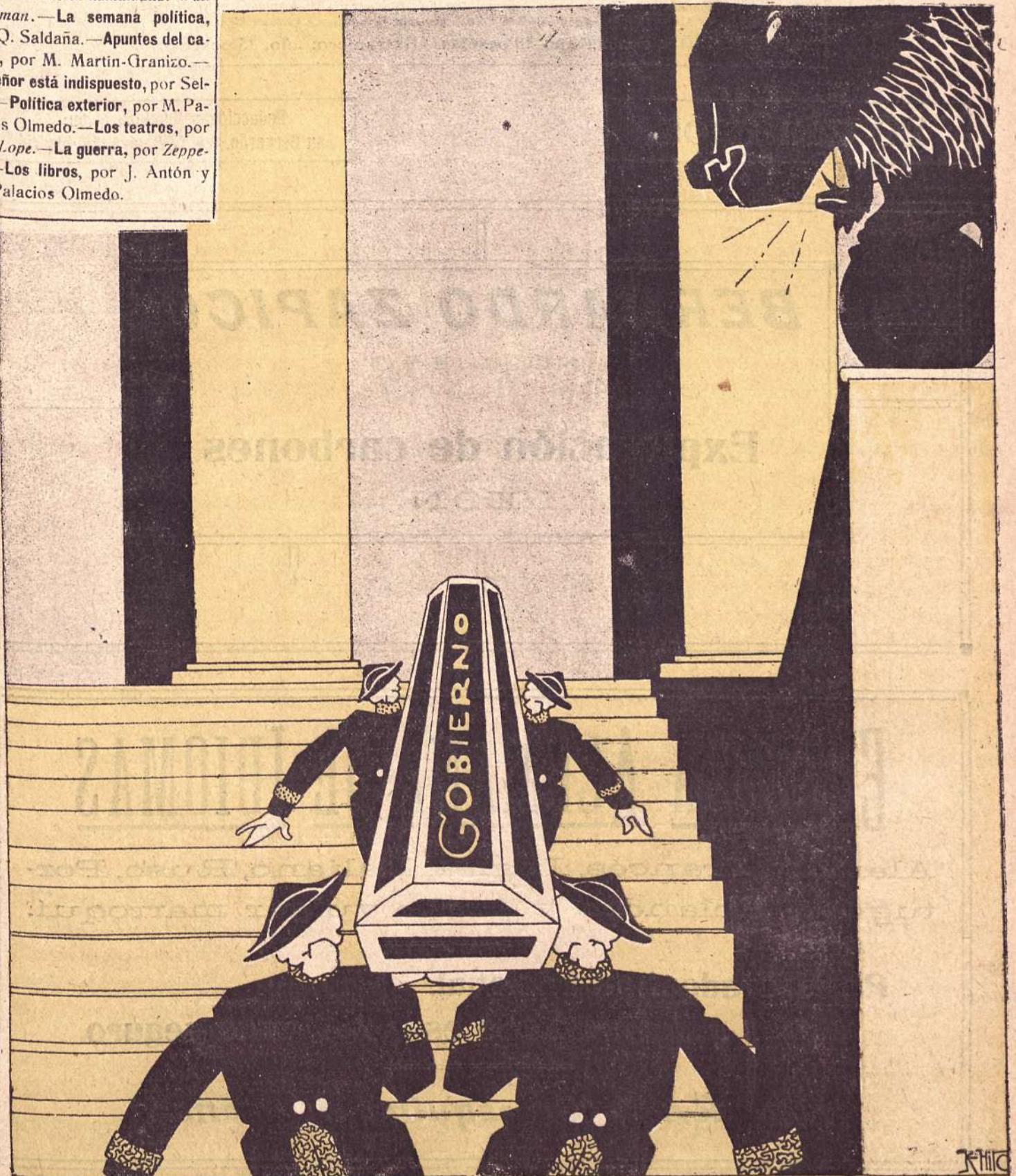
VIIARIO

Tenían razón!, por R. López de Haro.— Los ideales, por M. Alvarez Cerón.— La ficción de la igualdad, por E. González Blanco.— Un ejemplo, por J. Alemany.— Los poetas de la humanidad: *Walt Whitman*.— La semana política, por Q. Saldaña.— Apuntes del camino, por M. Martín-Granizo.— El Señor está indispuerto, por Selma.— Política exterior, por M. Palacios Olmedo.— Los teatros, por *Don Lope*.— La guerra, por *Zeppefin*.— Los libros, por J. Antón y M. Palacios Olmedo.

Año I

Madrid, 19 de Marzo de 1918

Núm. 8.



20 págs.

LA SOLEMNIDAD DE AYER

APERTURA DE CORTES

20 cts.

RENOVACION ESPAÑOLA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

COLABORADORES

Pío Baroja.—Jacinto Benavente.—Adolfo Bonilla y San Martín.—Julio Casares.—Julio Cejador.—Eugenio D'Ors.—Concha Espina de Serna.—Edmundo González Blanco.—Ricardo León.—Silvio Koski.—Condesa de Pardo Bazán.—Julio Payal.—Rafael López de Haro.—Francisco Rodríguez Marín.—José María Salaverría.—Rafael Sanlluis.

REDACTORES

Política interior, Quintiliano Saldaña.—Música, Eduardo López Chávarri.—Medicina, Dr. Sánchez de Rivera.—Historia, Antonio Ballesteros.—Filología, P. A. Martín Robles.—Educación nacional, Eloy Luis André.—Caricatura, K-Hito y Kilom.—Política exterior, Manuel Palacios Olmedo.—Viajes, León Martín Granizo.—Enseñanza, Luis Jiménez Asúa.—Guerra, Zeppelin.—Bibliografía, José Antón y Pedro Sainz.—Poesía, M. Alvarez Corón.—Teatros, «Don López».—Revista de revistas, Cayetano Alcázar.

SUSCRIPCIÓN: España: año, 10 pesetas.—Extranjero: año, 15 pesetas.

20 céntimos.

Redacción y Administración:
San Bernardo, 124, teléfono 2.188. Madrid.

BERNARDO ZAPICO

INGENIERO

Explotación de carbones

LEÓN

ESCUELA ALEMANA DE IDIOMAS

Alemán, Francés, Inglés, Italiano, Ruso, Portugués, Holandés y Árabe vulgar marroquí.

Profesorado internacional.

Método especial, éxito seguro.

HILERAS, 10 (esquina a Arenal).

RENOVACIÓN ESPAÑOLA

MADRID, 19 DE MARZO DE 1918.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

: -- : AÑO I — NUM. 8 : -- :

¡TENÍAN RAZÓN!

por RAFAEL LÓPEZ DE HARO

Resueltamente hay que darles la razón a los que, desde el principio, propugnaban nuestra intervención en la guerra al lado de los aliados. Me han convencido de ello algunas reflexiones muy vulgares, pero que no, por vulgares y baratas, debo callarme. Algunas veces una perogrullada debe repetirse, gritarse, propalarse por todos los medios posibles.

Debimos intervenir en la guerra. La guerra nos hubiera desangrado, pero nos hubiera desengañado. A estas horas no quedaría un francófilo para contarlo, y no porque hubiesen perecido todos: porque es seguro que no quedaría un francófilo. Además, nosotros habríamos acelerado el momento de la paz. Nuestro temperamento no hubiese resistido tan larga espera alimentándose de ilusiones. Nosotros devoramos en un día todas las existencias imaginarias, y no hay facundia capaz de tenernos unidos; España hizo siempre un fabuloso consumo de entelequias. En esto, los franceses han demostrado una sobriedad admirable: Inglaterra les va administrando ilusiones en dosis homeopáticas, y ellos están espirando tan contentos. No debemos olvidar que Francia fué siempre el primer país del mundo en artículos de fantasía.

La neutralidad nos ha hecho daños mucho mayores que los temibles de la guerra. Por de pronto, el hambre nacional tendría un carácter heroico de que ahora carece. El hambre nacional es simplemente falta de alimentos, y, estando en guerra, sería un sacrificio. No habrá poeta que pueda cantar grandezas del hambre nacional; es un hambre de piques, un hambre estúpida...

Los deliciosos sofistas, que van a volverse locos a fuerza de embelear, no tendrían ocasión de lucirse; y desde que el objetivo estuviese logrado, escribir y perorar en aliadófi-

lo no sería trabajo de provecho. Callarían, pues, esos gárrulos voceros, y la mentalidad del vulgo no se habría intoxicado. La guerra hubiese acuciado la sindéresis de los españoles. Al choque de las armas suelen hacerse trizas las ideas hechas. A muchos, a casi todos los *filos*, un periódico les dió el año 14 una idea hecha. Desde entonces, tanto se ha machacado, que la idea es ya un quiste cerebral imposible de extraer sin la trepanación. Este quiste no se hubiera formado con la guerra. Principalmente, el quiste del militarismo alemán no existiría, porque los soldados españoles, peleando en Francia al lado de los soldados franceses, y viviendo en Francia algún tiempo, sabrían a qué atenerse en punto a militarismos, en punto al fetichismo de banderas y corjines, en punto a fervores bonapartistas...

Pero no serían éstas las ventajas más estimables de nuestra intervención. La mayor ventaja hubiera estribado en ser entonces imposible el encanallamiento plutócrata: lo único que de la guerra nos va a quedar. La sangre española no se vierte, la carne española no pelea en los campos de batalla; pero el capital español es uno de los más feroces y desalmados combatientes. El dinero español, aunque lleve troquelada la efigie del Rey, no ha jurado, por lo visto, sus banderas. Guerra, no ya fuera de España, contra España. Sin duda, a la patria se la debe la vida, mas no las pesetas. No nos haría más daño, no causaría más estragos al enemigo, que los inferidos a España por el dinero español.

El dinero español —que anda siempre escondido y remisivo, cuando de dar impulso a industrias nacionales se trata— ha acudido en sumas fabulosas al comercio de la guerra. El negocio es sencillo: se compra barato en España y se vende caro allende las fronteras. Para enviar esas mercaderías se necesitan los barcos; no los hay para el tráfico na-

cional y viene la congestión de los ferrocarriles; desaparecen del país el trigo, la carne, las alubias, el aceite, las patatas... y entra, en cambio, dinero. Mas como el dinero va a pocas manos, y como el metal amonedado no se come, se traspilla y bosteza famélico el pueblo *soberano*. ¿No es cierto que esto es una vulgaridad? ¿Y no es más cierto que parece ignorar todo el mundo esta vulgaridad?

De este modo, España, neutral, pelea: pelea su dinero y pelea contra ella.

Las ganancias sirven después para comprar votos.

El negociante encanallado encanalla así al pueblo...

Resueltamente, tenían razón los intervencionistas: la guerra nos hubiese arruinado, no mucho más; pero el sentido moral acaso se hubiera salvado.

LOS IDEALES

A los soldados de la nueva España

Capitanes, ¡albricias!...
 Las horas son propicias
 para la ejecución de altas empresas...
 Las victimas opresas
 rechazarán, al cabo,
 la argolla del esclavo,
 locas de orgullo y de furor posesas...
 Los pujantes desmayan, pero el flébil,
 robusteciendo su organismo débil
 con insólito afán de represalia,
 llegando su turno,
 arrojará, del siervo, la sandalia
 y del señor se calzará el coturno...
 Y ello ha de ser un día
 en que, sangrando el alma de despecho,
 con un arranque enorme de osadía,
 el audaz, proclamando su derecho,
 sienta que el corazón que no latía
 ¡tanto palpita que le rompe el pecho!...

A unos extraños que en la Patria anidan

Reflexionad, milores,
 que una brava nación como la nuestra,
 que hizo un tiempo del Mundo su palestra,
 bien puede renovar tiempos mejores.
 ¿Que sois fuertes?... ¡Y bien!, ¿qué nos importa?
 La esperanza de serlo nos conforta.
 Mas no sois españoles, y eso basta
 para que en fecha corta,
 os haya de retar toda una casta
 descendiéndose el yugo que soporta!...
 Tenemos tal amor a nuestra tierra,
 que para el hijo de Castilla, todo
 lo excelso y lo mirífico se encierra
 en la patria basilica; de modo,
 que mancharnos de lodo,
 ¡es tentar la hidalguía
 de un país hidalguísimo, britanos!...
 ¡Es exponeros a la rebeldía,
 y es pedir que os cortemos esas manos
 que chorrean despojo y felonía!
 ¡Por tu fe, Leviatán!... Es de conciencia
 restituir el robo.
 Muchos siglos tuvimos de paciencia,
 pero el cordero ya se ha vuelto lobo.

En nuestra patria flota una tristeza
 que es preciso aplacar y aplacaremos...
 Más allá se vislumbra la grandeza...
 ¡Si no llegamos ya, ya llegaremos!
 Reflexionad, milores,
 que fuimos los señores naturales
 del Globo, y por seño es
 no mentimos honores
 a nuestros enemigos ancestrales...
 Mirad si acaso sois los galeotes
 predestinados a nuestras galeras
 y que jamás podrán los hugonotes
 acogerse a católicas banderas...
 ¡Reflexionad que el pabellón hispano
 es el más libre de los pabellones
 y no pudiera alzarle otra mano
 que la zarpa real de sus leones!

A unos hermanos que nos desconocen

Nos repudia la hermana... ¿Por qué, hermana?
 Nuestro afecto es leal, es fuerte, y sana
 la intención hacia ti... Los mismos pechos
 juntos nos han criado,
 idénticos derechos
 nos unieron y nos han separado...
 La unión ibera amaga inevitable
 y es menester que Lusitania vea
 que un fraternal Estado inseparable
 la redime, la ampara y la desea...
 La hispana canoa
 ha enfilado su proa
 al Atlántico, y en la lejanía,
 del magnífico Tajo la gran boa
 se lleva nuestra loa
 y nuestra pleitesia
 al consanguíneo pueblo de Lisboa...
 ¡Hermana, hermana en los conquistadores,
 oveja descarriada del rebaño!,
 reintégrate al redil, que los pastores
 rudos, enantes, buenos son hogaño...
 Nuestro camino ya jamás se tuerza
 y emparejados nuestros estandartes
 signifiquen un símbolo de fuerza
 y ondulen a la vez en todas partes...

M. ALVAREZ CERÓN.

PROBLEMAS DE SOCIOLOGIA JURIDICA

LA FICCIÓN DE LA IGUALDAD

Igualdad y revolución

Un discreto y ameno escritor, el médico francés Toulouse, que viene tratando con acierto cuestiones de política pedagógica, nos ha transmitido sus impresiones científicas sobre la doctrina legal de la igualdad de todos los seres. Leyéndole, por cierto con mucho agrado, di con unos párrafos en que el buen sentido de Toulouse se muestra mortificado, porque sus ojos tropiezan hoy por todas partes con esta recomendación fatídica: *Igualdad o revolución, trasunto fiel de la de los energúmenos del siglo XVIII: Igualdad o muerte*. Las misteriosas letras de fuego que vió dibujarse sobre el muro sombrío, no espantaron tanto al recalcitrante Baltasar como al ilustre doctor ese impertinente dogma de la sociedad moderna, que, sobre no tener fundamento serio en teoría, es injusto y perjudicial en la práctica. Teme Toulouse, que el prejuicio de la igualdad de los hombres no se desarraigue fácilmente, e invita a todos los pensadores a que se preocupen del daño que semejante doctrina está causando para evitarlo en lo posible. Porque Toulouse, que es de los que creen que Cristo y Lutero han provocado revoluciones puras, mientras que las Visperas Sicilianas y la Revolución Francesa fueron en definitiva motines, tiembla ante la posibilidad de otra conmoción social equivalente, que pretenda obligar a los mismos deberes e investir de los mismos derechos a cuantos nacen de mujer, haciendo flamear las utopías más arraigadas, que rasan con el vaniloquio; humanidad sin naciones, comunidad sin Estado, bienestar sin propiedad, amor sin familia.

La igualdad en su aspecto jurídico

La igualdad no es una ley social; la ley es ésta: que cada hombre, en igualdad de condiciones jurídicas respecto a sus semejantes, cumpla su destino sin atacar la personalidad y la propiedad ajenas. En una sociedad verdaderamente igualitaria, inspirada en el sentimiento civil y en la razón, nadie sobra, porque nadie es innecesario, y todos cooperan a la obra común. El error comienza tan sólo en el momento en que se supone que esta igualdad jurídica se cimienta y sostiene sobre una igualdad física, psíquica, jerárquica y reglamentaria.

Hecho, derecho y selección

Tal es, sin duda alguna, la tendencia teórica de las democracias; desde la declaración de los derechos del hombre, la ley nos hace a todos iguales. ¿Lo somos de hecho? Después de todo, ¿existe esa igualdad o hemos sido nosotros sus creadores? El derecho a la igualdad colectiva ¿ha destruido el privilegio en su raíz? He aquí unos graves problemas. Yo, ante todo, tengo un invencible horror al gobierno sin la superioridad; toda mediocridad, toda inferioridad elevada al poder, me causa una aversión irremediable. La igualdad social es una ficción útil, pues sin ella los desheredados de la inteligencia y de la fortuna no podrían hacer oír sus justas reclamaciones; pero, fuera de esto, la ficción igualitaria debe ser combatida cuando tiende a introducirse en las leyes y en las costumbres; y en tal caso, se convierte en un principio peligroso, cuyo resultado es la opresión de los débiles. Abandonada a sí misma, sin la constante rectificación de una activa autoridad moral que la depure y encauce sus tendencias en el sentido de la dignificación de la vida, la democracia no hace otra cosa que sustituir la aristo-

cracia de la sangre por la aristocracia del dinero. Los países en que hay clases marcadas, son los mejores para los débiles, los que crean menos desigualdades sociales; aquellos en que no las hay, son los mejores para las fuertes, pues en ellos no tienen estos deberes comunes ni deberes de protección, y nada de esto les detiene. La aristocracia, al modo antiguo, no hacía más que prolongar una organización de castas bien deslindadas, en que la ley de la herencia tenía que flaquear en plazo más o menos largo; pero la democracia, merced a la libre competencia, combina aquella ley con la de la selección social y la disuelve en una guerra económica, extinguiendo gradualmente toda idea de superioridad que no se traduzca en una mayor y más osada aptitud para las luchas del interés, que son entonces la forma más innoble de las brutalidades de la fuerza. Los verdaderos demócratas lo primero que han de poner a salvo, es un ideal superior de engrandecimiento, y así dice el insigne Rodó, respondiendo a las dificultades en contra: «La selección espiritual, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo perseverante propósito idealista y de acatamiento a toda supremacía noble, serán como debilidades indefensas allí donde la igualdad social, que ha destruido las jerarquías imperativas e infundadas, no las sustituya con otras que tengan en la influencia moral su único modo de dominio y su principio en una clasificación racional.»

El principio de variación

Toda igualdad de condiciones es, en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la naturaleza, un equilibrio inestable. Así como se ha descubierto que el peso y hasta la estatura del cuerpo varían con las horas del día, del propio modo es de esperar que la psicología colectiva descubra, en tiempo no lejano, las causas de variación de nuestra temperatura social. Y en ese tiempo no será difícil que surja la fuente verdadera de la simpatía humana y se vea en toda su desnudez el egoísmo brutal que forma la medula de los sentimientos socialísticos y de los sentimientos acráticos.

El principio de proporción

Tampoco es óbice recordar que en la crítica del principio de igualdad no cabe hablar de *proporción*, porque ésta se halla indisolublemente ligada al carácter mismo del individuo, sin el cual no puede existir; y ya observaba Comte, para mostrar cómo en cuestiones de intelectualidad, de moralidad, de sentimiento, sería insensato pretender que la cualidad vaya a ser sustituida en ningún caso por el número, que ni de la acumulación de muchos espíritus vulgares se obtendrá jamás el equivalente de un cerebro de genio, ni de la acumulación de muchas virtudes mediocres el equivalente de un rasgo de abnegación o de heroísmo. La práctica ha hecho ver hasta la evidencia que el famoso *vox vox praetereaue nihil* a nada se puede aplicar mejor que al vocablo *igualdad*, porque nada existe en este mundo tan vacío de aplicación y significado. ¿Hay un hombre siquiera que, teniendo sentido común, se persuada que un criado es un ente despreciable y vil sólo porque lleva librea, y que basta despojarle de ella para que de repente sea igual a su amo? ¿Que es suficiente dar el nombre de elector a un degenerado o a un mendigo para hacerles iguales al labrador honrado o al

equilibrado médico? ¿Que con quitarles a los nobles los títulos de duques, marqueses, etc., y darles el de ciudadanos, al instante se establece la igualdad entre el rufián y el educado, el grosero y el civil, el brutal y el culto? ¿Quién no ve que la palabra igualdad, en tal concepto, no es más que una solemne vaciedad o una consumada locura?

La igualdad ante la biología

Los hombres nacen desiguales. En muchísimos casos lo son ya antes de nacer. Su crecimiento y resistencia fisiológica acusan aún mayor desigualdad. Según estadísticas médicas, basadas en las oscilaciones de la adaptación individual, la duración de la vida varía de 1 a 100. Esta desigualdad se extiende a la estatura, la forma del rostro, la fuerza física y el vigor cerebral. ¡Y qué decir de la predisposición a determinadas enfermedades! Aquellas personas que han estudiado la patología están persuadidas de que, dentro del tipo común, hay desviaciones y variedades, como la diátesis escrofulosa, artrítica, herpética, etc. Este siente desordenado su organismo por las influencias exteriores y pasajeras de un régimen analgésico; esotro deviene gotoso por abundancia de ácido úrico; la grasa hace a uno cardíaco; a otro, el azúcar circulante en los tejidos, le convierte en diabético. La mayoría de los médicos coinciden en encontrar en los temperamentos morbosos una ecuación exacta, cuyos términos son la debilidad orgánica y la excitación patógena. Hasta hablan de la fiel «memoria patológica» de los órganos, demostrada en anginas, jaquecas, etc.

El tipo medio humano

Normalmente, todo hombre responde a un «tipo medio», cuya indagación es útil para la medida y determinación de las diferencias individuales; pero este tipo medio no es un tipo ideal, menos aún, un tipo específico. En realidad, no hay tipo medio: no hay más que tipos medios con caracteres más o menos peculiares; pero de ninguna manera ancestrales. La busca de tales caracteres recuerda algo a la de la piedra filosofal que, aunque no ha sido hallada, ha prestado grandes servicios a la química. Las diferencias individuales son las que tienen, por su significación práctica efectiva, importancia social. Y son precisamente aquellas que la ficción igualitaria para nada toma en cuenta. Así se castiga con la misma pena, mirando sólo a la objetividad del delito, al ladrón o asesino que es anormal hasta el punto de estar enfermo, o al que desde niño se ha educado en un medio colectivo defectuoso, y a aquel a quien el crimen no se impuso, fué obra de su voluntad libre y tuvo su origen en una falta personal o doméstica. Así también se impone a todos los soldados, llenando de tísicos las ambulancias y los hospitales militares, el mismo esfuerzo en la marcha o en la carrera. ¿Y qué diré del peligro que para la instrucción entraña el mirar a los niños como organizaciones igualmente aptas para adquirirla? ¿Cuántas inteligencias débiles sometidas a los mismos ejercicios mentales que los cerebros vigorosos! ¡Cuántos verdaderos imbéciles con facultades atrofiadas, tratados como si se desarrollasen de idéntica manera que espíritus sanos y lúcidos! ¡Oh la irreflexión de los pedagogos! No comprenden que la indisciplina y el retraso proceden casi siempre de que los niños de una misma escuela no pueden ser instruidos del mismo modo, por representar momentos fisiológicos muy desemejantes.

No conocen que hasta educadores especiales necesitan los que padecen males profundos. No saben que ciertas perturbaciones generales conducen a una pereza psíquica invencible. Ignoran que las deficiencias de la vista y del oído se reflejan en la atención. De ahí tantos analfabetos, a pesar de su paso por la escuela, donde nunca se logró que aprendiesen nada; de ahí la poca seguridad en las ideas y el desequilibrio en las concepciones, la uniformidad estéril de inteligencias y aptitudes, el moldeamiento infecundo del ca-

rácter, del pensamiento y de la actividad, que hace que se resientan de rechazo las vocaciones profesionales, con beneplácito a veces de las familias, casi siempre con daño de la sociedad, que requiere cierta armonía prestablecida en las tendencias naturales de los individuos.

El dogmatismo igualitario

La civilización igualitaria es dogmática, constituyendo un atentado contra la libertad y un ultraje a la justicia. A la libertad no es extraño en estos tiempos de colectivismo que atravesamos. Alrededor de la libertad, efectivamente, se ha hecho la conspiración del silencio... ¡Pero a la justicia! ¿Por ventura la superioridad del hombre, en el orden espiritual, no está en razón directa de la proporción o medida en que va gradualmente pasando de miembro inorgánico de la colectividad a personalidad moral, consciente, inmutable?

Las tres igualdades únicas

El ateo Borrelli fué llevado por el Santo Oficio a demostrar en presencia del magistrado, en tres lugares, que los hombres eran todos iguales: en el templo, ante la unidad de Dios; en la tumba, ante la unidad de la muerte, y en el tribunal, ante la unidad de la justicia. Aquellos inquisidores estaban dentro de la más rigurosa democracia, de la única posible, sin duda. De Dios, de la muerte y de la justicia para abajo, la igualdad comunista, la igualdad ruda que no conoce atenuaciones, es una simple fórmula abstracta, que eternamente habrá de ceder el puesto a la desigualdad proporcional, a la desigualdad que ayuda a favorecer la vida, a conservar la especie, y que es elemento indispensable de su evolución.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO.



Ensayo de alimentación contemplativa en Inglaterra.

LOS POETAS DE LA HUMANIDAD

Walt Whitman.

Nace Walt Whitman en Long Island — Estados Unidos — el 31 de Mayo de 1819.

Muchos años tardó su epifanía: su primera obra poética es Hojas de hierba, que aún pasó por infinitas evoluciones. Whitman, persigue el audaz empeño de alcanzar una forma lírica donde quepan todas las nimiedades de la vida vulgar y todos los más levantados vuelos espirituales. Sólo dió su libro definitivo cuando halló el ritmo bárbaro y flexible capaz de amoldarse a las diversas y ambiguas modalidades del mundo contemporáneo.

Fué el Nietzsche yanqui; fué la idea grandiosa y el alma sensitiva; fué el pensamiento múltiple y omnisciente que cantó a la locomotora, a la tradición, a la Naturaleza, al pueblo, a la Humanidad y al amor: el apóstol del Continente, que se gestaba entre músicas de fraguas y gritos de libertad.

Su país hubo de honrarle y de aplaudirle. Los democráticos anhelos de los Estados en formación, hallaron eco propicio en aquel bardo social, que derramó sentencias, por el Kempis sólo igualadas, y recogió las palpitaciones del corazón universal en arias altisonas y salmos órficos.

Dice Vasseur: «Junto a Walt Whitman, Hugo, Lecomte de Lisle, Svrinusburne, Carducci, Junqueiro, Ripardi..., parecen poetas regionales. Poetas en el sentido más convencional y europeo de la palabra.»

Walt Whitman, a consecuencia de una enfermedad contraída en Wáshington, estuvo paralítico los treinta últimos años de su vida.

Un detalle interesante: Whitman amó a España; la amó filialmente... Si hubiera presenciado la farsa del «Maine» con todas sus trágicas consecuencias, la musa del venerable poeta aún estaría llorando de pena y de rabia: pena por la madre ultrajada; rabia hacia los cobardes...

He aquí su canto a nuestra patria:

ESPAÑA 1873-74

De la negra entraña
de la tempestad;
entre las cenizas, rojas como sangre,
del mundo feudal;
de esa enorme huesa de la Europa antigua
donde ya son polvo reyes de otra edad;
entre las ruinas de las catedrales
y de los palacios..., ha surgido la
faz resplandeciente de Nuestra Señora
de la Libertad.
(Una visión rápida de tu madre, ¡América!,
un rayo fugaz



— sol en las espadas reconquistadoras —
que para ti luce, que en ti brillará...)

—
Madre nuestra, ¿acaso te olvidamos?... ¿Cómo
te quedaste atrás?...
¿Habrá de cernirse sobre ti de nuevo
el presagio infausto de la tempestad?
¡Pero te mostraste!... ¡Sí! Te conocemos...
De modo infalible lo sabemos ya.
Eres nuestra madre, y aguardas tu hora
cumbre, tu hora grande, bajo los auspicios
de la Libertad.

(Traducción por M. Alvarez Cerón.)



Una lección de historia

(Apuntes tomados en un aula de la Universidad.)

«La lección de hoy, señores, es de sumo interés en los actuales momentos políticos. Si Cicerón dijo: *Historia, magistra vitae*, bien pudiera hablarse, en la enseñanza de la Historia, de la Historia como enseñanza, antología de ejemplos históricos de útil recordación. (El señor profesor hace memoria.)

Era en el primer tercio del siglo XIX, casi a la misma altura de siglo..., como que, cabalmente, coinciden las fechas... era en 1817, reinando Fernando VII, que se llamó, «por una burla de la historia», el *Deseado*; el que, conducido voluntariamente a Bayona en 4 de Abril de 1808, —de donde nunca debió volver—, felicitaba a Napoleón, desde Valençay, por sus victorias en España, y hasta le pedía que le concediese el mando de una división para combatir a los españoles..., mientras éstos derramaban su sangre para defender una corona real, que irían luego a ofrecerle con entusiasmo de idiotas...

Repuesto *el Deseado* en su trono, ese trono que entregara vilmente a Napoleón por conducto de su padre, dió en Valencia un decreto (4 de Mayo de 1814) anulando la Constitución del 12. Era nuestra primera Constitución como un título colectivo de nobleza para aquellos ingenuos y entusiastas españoles de albores de siglo. Carta ejecutoria de soberanía nacional, timbre de ciudadana nobleza. «Gracias a Dios sean dadas —decían los doceañistas descubriéndose—, en España tenemos Constitución.»

Y ese fué el premio que les dió el rey en pago del trono.

Fernando VII era también simpático, y el pueblo le quería por ver en él la doble víctima salvada de Godoy y de la degeneración...

Pero el rey se rodeaba de gentes ineptas y mal intencionadas, de aristócratas corrompidos, que ganaban los más altos puestos en la diplomacia sin méritos probados, en premio de servicios de Celestina; que daban fiestas de canallería en su deshonor, llegando a irrespetuosas intimidaciones, como pasarle la pierna sobre la cabeza...

En aquella época, de triste recordación, los Ministerios se sucedían vertiginosamente, jirando al soplo helado de un oculto poder. Y las camarillas no cesaban en su dictamen citando secretamente al rey para imponerle veleidosos criterios, cuando en la Casa de Campo, cuando en El Pardo... El rey, convertido en el más ágil maniquí de esas camarillas, acudía a todas partes puntualmente, haciendo citas...

El Ejército estaba descontento, viendo lo imperfecto de sus medios de combate, solo sustituibles con un exceso de temerario arrojo y ciego valor (como se había evidenciado en la guerra

de la Independencia), y disgustado por lo mal dotado que se hallaba.

Tras de varios intentos (Mina, en 1814; Porlier, en 1815; Richard, en 1816), al fin en 1817, en Barcelona surge un levantamiento militar, dirigido no por un coronel, sino por dos generales (Lacy y Milans), que pronto fracasa, siendo Lacy preso en la ciudadela.

Al año siguiente, viendo el estado de desorden en que se hallaba la administración y el escandaloso abuso del poder, el coronel Vidal, en unión de otros compañeros, reclama los derechos del pueblo, intentando intervenir sanamente en la política española, para salvarla.

«A mediados de 1817 —dice un moderno historiador—, casi toda la oficialidad del Ejército se había inscripto en una Sociedad secreta y trabajaba por derribar al Gobierno, coadyuvando a la labor de los liberales.»

El bravo coronel Vidal fué depuesto, y no por sus compañeros, sino por el poder central absolutista.

El partido liberal, disgustado por la conducta del monarca y amenazado de una rápida y total desorganización, empieza a conspirar, formando sociedades secretas a fin de fomentar la opinión del pueblo y del Ejército en favor de la vuelta a la Constitución, entonces abolida, tanto como ahora ultrajada (que antes bastara solo jurarla para cumplirla).

Y aun ocurrieron sucesos de transcendencia política y social antes de 1820, época en que empieza la serie de pronunciamientos y revoluciones en España, durante cincuenta años; período que tal vez se repita, con exactitudes cronológicas, en nuestro siglo...» (terminan las notas).

¿Se disuelven las Juntas?

Según la prensa, que se tiene por bien informada y bien intencionada, se disolverán en plazo breve las Juntas militares de defensa.

Eso no podemos, no lo queremos creer. Sería para nosotros, amantes sinceros del Ejército, el más cruel desengaño. En ese caso sus enemigos —nuestros enemigos— podrían decir que todo ello había sido la fácil empresa de un jugador de ventaja... el pobre negocio de Esaú, que vende la primogenitura...

No; eso no puede ser. Hemos aplaudido al Ejército español, por santamente revolucionario. Nos hemos entusiasmado —nosotros, que jamás fuimos ninguna suerte militaristas— con nuestro Ejército, no por sus campañas de Cuba o de África, sino por su acto noble y viril del 1.º de Junio. Hemos vestido un día, sin rubor, la capa del burgués pacífico y bonachón, que se entusiasma con todo eso que a los niños y a las chicas provincianas enloquece... Pero sólo un día y condicionalmente, por supuesto...

No protestamos, como otros, de las mejoras legítimas obtenidas por el Ejército, en virtud del último Real decreto sobre reformas militares. Ni aún el flaco de los aumentos de sueldo, que a otros les crispa, nos mueve a pobre, envidioso, disgusto..., siempre que ello sirva de guía para sucesivas mejoras en los cuerpos civiles.

Pero las Juntas militares de defensa —no hay porqué avergonzarse de ello— hicieron política, la más eficaz política renovadora, después de la Restauración, y nosotros fuimos y somos fieles secuaces de esa política.

Política es atención e interés por los problemas generales, no particulares, que otra cosa fuera bandería o cabilismo, y ya nos basta con el de nuestras odiosas castas gobernantes.

Si ahora, cumplida su pobre misión social, logrado su mezquino objetivo de clase, se disolviesen esas Juntas —lo que ni creemos ni comprendemos—, ellas habrían hecho el milagro de convertirnos al más desesperado escepticismo antimilitarista.

¡No; que estáis atadas al poder por invisibles cadenas de imán, ahora inquebrantables; que os alcanza —aun fuera del poder, de derecho, no de hecho— toda la alta gloria o la estrecha responsabilidad de lo que ocurra, igual que al mentor e igual que al cómplice!

Aunque os lo pida, en un momento de amargo despecho, vuestro glorioso iniciador; aunque os lo exija alguien como precio —¿quizá pactado?— a extraordinarias y anticonstitucionales concesiones.

¡No os disolváis! Y aún más, no desamparéis a las Juntas ci-

viles, asociaciones hermanas de compañeros vuestros, que por desgracia suya no ciñen eficazmente espada.

Cúlpanse a sí mismas las Juntas, si lo hacen —que son harto nobles para no hacerlo, y rechazamos como injuria la hipótesis— que no lo harán; cúlpanse si España entera, apercebida del engaño, se vuelve contra sus falsos o desmayados redentores.

No se repita aquí, una vez más, el eterno hecho histórico del terror, en que los libertadores del pueblo perecen en la guillotina. Pero, no, que amamos hoy demasiado a nuestro Ejército para creer tamaña perversa impostura.

Las Juntas de defensa no se disolverán, o disolverán al Ejército. Continuarán haciendo ordenadamente la revolución, o la revolución se hará desordenadamente con otras inferiores y contra sus elementos.

¡Sois nuestra comunión nacional, que es, o sacramento o sacrilegio, que salva o condena!

QUINTILIANO SALDAÑA

Contamos, entre los nuevos colaboradores de la Revista, con los altos nombres de D. JOSÉ ALEMANY, de la Real Academia Española, y del Dr. TOBOSA LATOUR, de la Real Academia nacional de Medicina. También publicaremos — fuera de colaboración — un artículo del sabio sociólogo D. EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN.

UN EJEMPLO

por JOSÉ ALEMANY

Es imposible que haya renovación ni regeneración, donde quien debe tener ojos para ver, no vea, ni quien debe tener oídos para escuchar, no escuche.

Causa grima ver que la cosa va de mal en peor, y empeñarse quien debe poner remedio en que sean los mismos ineptos y manirroto que al borde de la ruina la han llevado, los que la tengan que restaurar.

¿Es inconsciencia? ¿Es desvío o desapego, como aquél que nos recuerda la frase: *après moi le déluge*?

No hay derecho a tanto.

A un *pater familias* se le podría disculpar el arrojar por un despeñadero y perecer; pero no el que quiera arrastrar detrás de sí a los que componen aquélla, y menos aún

cuando una gran mayoría de éstos, la parte más sana, la que no medra ni granjea con el desbarajuste y el despilfarro, la que trabaja, sufre, aguanta y calla, está ansiosa de regeneración y desea que desaparezca la gusanera que no vive ni se alimenta de otra cosa que del pus que poco a poco, pero gradualmente y cada día más, va carcomiendo lo que aún queda sano.

Algunos individuos de la familia, asqueados de aguantar tal gusanera, buscaron médico que cortara por lo sano, y lo han hallado. Creo que lo mismo debíamos hacer los demás, si no queremos llegar al caso de tener que llorar como mujeres lo que no hemos sabido defender como hombres.

Madrid, 11-3-918.



I

Quando con el alma exaltada, penetráis en Italia por el Piamonte, atravesáis la Emilia melancólica, y llegáis hasta Florencia la espléndida, os sentís en un mundo nuevo. Los hombres, las cosas, los pueblos os parecen distintos. Ríe el sol sobre los viejos palacios, sobre los cementerios monumentales, sobre las tierras bien labradas. Un aire puro y blando os acaricia suavemente. Un cielo azul, muy azul, de un azul rotundo y magnífico, lo ilumina todo.

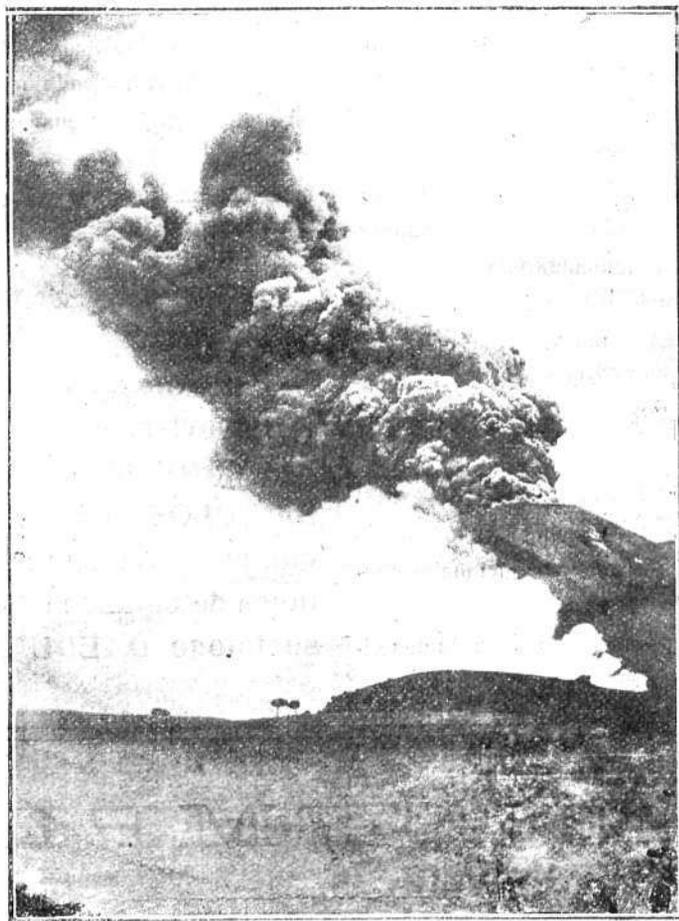
Mas avanzáis Italia adentro, con rumbo hacia el Oriente maravilloso, os libertáis por un momento del encanto absorbente de la Roma inmortal, dejáis a un lado a Nápoles, la bella, la gentil, la indolente, la que tendida al borde del golfo milagroso deja oír sus cantos de sirena, y cuando corréis al borde de este mar, de este mar nuestro, de este mar Mediterráneo, cuando rodeáis con una inmensa curva, la falda del Vesubio que se alza imponente con el prestigio de sus tragedias, cuando creéis que el corazón os salta hecho pedazos, removido en lo más profundo, con tan variadas emociones, cuando sentís el vértigo de la locura y del ansia, el vendaval del arte que os levanta de la tierra, y creéis llegar a la cima más alta de lo imposible, de lo que nunca se alcanza, de lo que eternamente se promete y eternamente no se da, de lo que nunca, nunca, podréis llegar a dominar... llegáis a Pompeya.

¡Pompeya!
¡Divina Pompeya!
¡Sueño de artistas, meca del ideal, arca santa de la historia, manantial imperce-

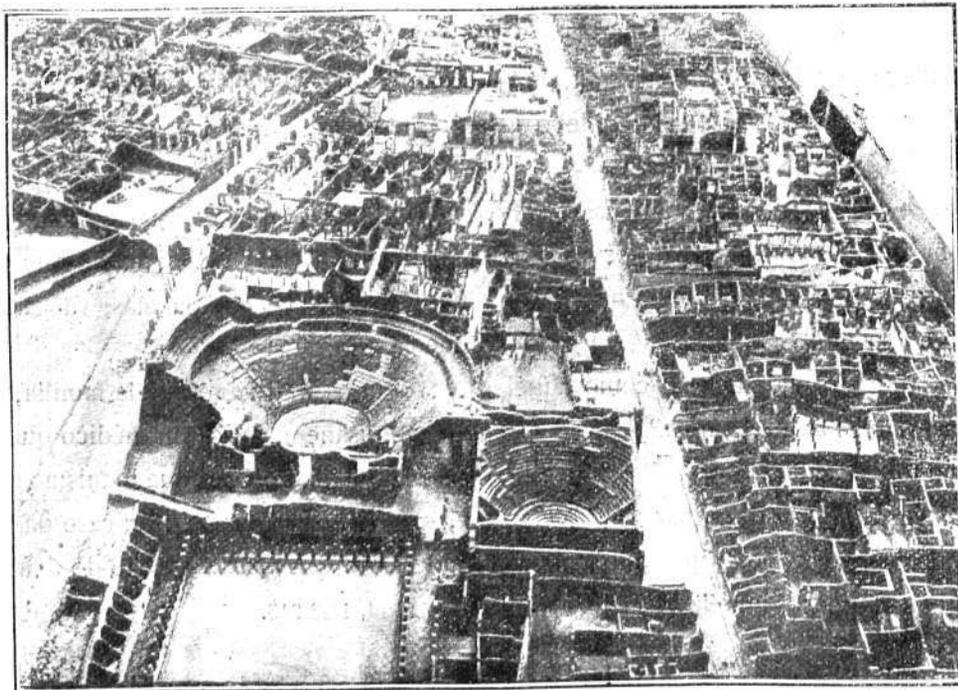
dero de gracia y de emoción! ¡Bálsamo y miel para las almas y los corazones de los atribulados peregrinos de la Santa Belleza! ¡Ya estamos en Pompeya! ¡he aquí el mar!, ¡he allí el Vesubio! Esta es la ciudad resucitada. —¿Será un sueño todo esto?, os preguntáis temblando... Pero no: no os inquietéis; estas calles embaldosadas con anchas losas milenarias; estas casas medio derruidas; esta quietud, este silencio... El corazón entonces os late dentro del pecho como un pájaro prisionero; la sangre moza que bulle en vuestras venas, os golpea en las sienes; la luz, una luz azul, una luz levemente cárdena, una luz de ensueño y maravilla, os inunda los ojos, se os mete alma adentro, y os transforma y os encanta.

Y camináis así, medio ciegos, medio somnámbulos, en plena exaltación febril. Y cruzáis calles y plazas y vías amplias y limpias, presos de una extraña movilidad. Y los guardianes impassibles, inmovilizados, acostumbrados ya a contemplar estas andanzas, nada os dicen, ni nada les alarma. Y así camináis, camináis siempre, hasta que, sin saber por dónde caminasteis, os encontráis al otro lado de la misma. A vuestros pies, en el amplio borde del volcán que duerme, se asienta sobre sus viejos cimientos la ciudad resucitada. ¡Pompeya la maravillosa!

Entonces, sobre un resto de muro excavado en el flanco del viejo observatorio, desde donde los pompeyanos previsores acechaban al monstruo, os dejáis caer como desfallecidos. Allí, sobre aquel punto, tratáis en un instante de serena-



Última erupción del Vesubio



Panorama de Pompeya

ros, de recogeros, intentáis aguzar todos vuestros sentidos, para prepararos a bucear en la ciudad milagro, para gustar serenamente todo su inmenso encanto, para llegar hasta su misma alma, hasta aquella alma suya, frívola, vaga, azul, que flotó un momento sobre aquellas casas hoy dormidas, sobre aquellas calles hoy solitarias, sobre aquellas plazas siempre bellas y siempre soleadas. Con los ojos cerrados, en una intensa vida interior formada por estudios, por lecturas, por adivinaciones, que intenta desbordarse bien a vuestro pesar, os decís muy quedo: —No, no es un sueño, es una realidad; estoy en Pompeya la resucitada, al pie del Vesubio, al costado de la ciudad famosa. Tengo que serenarme, que dominar mis emociones, que sujetar mi pensamiento para verla con calma. No quiero ser artista, no quiero ser poeta, no quiero ser yo. Quisiera ser un hombre rudo, un hombre humilde, un hombre frío, sin ninguna deformación de espíritu, con el alma en blanco, como una vieja tabla de cera para grabar en ella, como una placa impoluta para fijar la realidad, la espléndida realidad, tal como ella es con toda su poesía, con toda su belleza, sin delirios, sin apasionamientos.

—Sí, sí; lo haré... Esperemos un poco... Ahora abriré los ojos de nuevo... ¡Calma!... ¡Tengamos calma!... Pero al abrirlos nuevamente, una ola de luz, de color, de armonías

bizarras, me ciegan un instante. Cuando poco a poco distingó los perfiles, las cosas, los detalles, todos mis buenos propósitos se han huído volando, como un bando de palomas blancas, bajo la gloria de este sol.

Mas yo no me entristezco por esta nueva derrota. ¡Es tan bello el mar que se extiende allá abajo, detrás de la ciudad, tan rumoroso, tan palpitante! Por hacia allí debe caer Sorrento, la ideal Sorrento, la patria del Tasso, la escondida entre los bosques olorosos de limoneros y naranjales. Más allá debe estar Capri, la bella Capri, la histórica isilla adonde venían a buscar reposo Augusto y Tiberio. Allá, muy lejos, a este lado de acá, estarán Córcega y Cerdeña con sus bellos paisajes, sus hombres violentos, sus mujeres apasionadas. De frente el Africa, con el inmenso tesoro de sus selvas vírgenes. A este lado Sicilia...

Pero he aquí Pompeya, en medio de estos campos que nada tienen que envidiar a los verjeles más frondosos. He aquí la vida romana, de tiempos del imperio. He aquí la historia viva, sin afeites ni trampantojos.

Saltemos decenas, cientos, miles de años.

Venid, venid conmigo, la ciudad nos espera. Entramos por esta puerta, abierta sobre la recia muralla que la lava venció, pero que no deshizo.

LEÓN MARTIN-GRANIZO.

POLÍTICA EXTERIOR

A Dios lo que es de Dios

Hoy vamos a hablar de Italia, confesando antes que si en esta nueva gigantomaquia sólo se dirimiese un pleito artístico o literario, seríamos italianófilos entusiastas. Nuestra hermana mayor nunca nos hizo daño y fué muchas veces la doctoiniciadora de nuevos rumbos en nuestra historia estética. Sus ideas y formas de tal suerte armonizaban con nuestro temperamento y gusto que se españolizaron en seguida. En este sentido, pues, afirmamos, no ya nuestro latinismo, sino nuestro mediterraneismo.

Pero no es una lucha meramente estética la actual: son dos tipos opuestos de vida los que contienden. Los valores literarios y artísticos, en momentos tan trágicos cual estos, han de pasar a un segundo plano en espera de la paz ansiada. ¿Cómo desconocerlo aun cuando nos deléiten los ecos de la flauta de Pan? El artista o literato que enjuicia el vastísimo y complejo problema desde un punto de vista puramente artístico o literario no tiene derecho a ser oído. *Tomo lo que necesito donde lo encuentro* —decía Goethe—. ¿Por qué, pues, hemos de limitar nuestra visión y encadenar nuestro criterio admirando, por fuerza, *todo* en un país y *nada* en el opuesto? ¿No tendrán ambos *algo* admirable?

De Novara a Caporetto

Políticamente Italia se ha equivocado, tal vez por pasarse de lista: Maquiavelo es peligroso. Entró en la guerra con ideales conquistadores, y hoy el lema único de sus gobernantes (tan parecidos a los nuestros) es —¡Resistamos hasta el fin!— ¿Y cuál será el fin? La historia tiénela, sin duda, mal acostumbrada. En Magenta y Solferino le ganaron la Lombardia los franceses; y en Sadowa, el Véneto, los prusianos. Sus derrotas han sido, otras veces, fructíferas. ¿Sucederá lo mismo ahora? Orlando, el actual presidente del Consejo de Ministros, lo dijo hace pocos días: si la derrota de Novara en 1849 fué, a la larga, un tónico, el desastre reciente de Caporetto, en los Alpes Julianos, lo es más todavía. ¡Admirable criterio en labios del vencido! Pero ¿tiene ahora Italia las juveniles ilusiones de su *Risorgimento* y de la lucha admirable y simpática por su unidad? ¿Y cuenta hoy con aliados capaces de ganarle batallas o defender sus derechos en momentos decisivos?

La Ceneréntola

Si abrigare esas ilusiones debe, varonilmente, desecharlas. Concertadas las paces entre la cuádruple y todos sus enemigos del Oriente europeo; anuladas Bélgica, Servia y Montenegro; descartados los comparsas sud y centro americanos, Italia queda como

la más débil de las naciones que forman hoy la múltiple alianza. Su destino es harto lamentable; quiso y no pudo hombrearse con los fuertes. Y cuando llegue el momento de la liquidación de esa sociedad internacional muy próxima a la quiebra, sus hoy amigos que tanto la jalearon para obligarle a entrar en la guerra, dejarán indefensos sus intereses y ambiciones, pues harto harán entonces con sostener, a las expensas, los suyos. Es hoy, por tanto, la *Ceneréntola* o Cenicienta de la múltiple alianza.

El triunfo de la Retórica

Pero algo ha salido triunfante en esta aventura trágica de Italia: la retórica. Sus gobernantes, menos sagaces y prudentes que Ulises, se han dejado atraer por las malélicas sirenas hacia traidoras sirtes. La Nave de D'Annunzio ha encallado. Los ecos inextintos de las glorias romanas exaltaron a las almas soñadoras e ingenuas. ¡Qué de sacrificios impone, a veces, a individuos y pueblos un pasado glorioso, acaso agobiante! Pero los sueños de grandeza no se truecan en realidades sin base firme y sólida. Italia no la tenía. Y seducida, sin duda, por la ambición y la codicia; estimulada también por añejos y naturales rencores contra el Austria, la antigua dominadora; y deslumbrada, en no pequeña parte, por las nieves alpinas y el azul del Adriático, creyó en la sola fuerza del gesto, y hoy, como un gladiador artista, busca para caer el más estético.

Elena y Fausto

¡Pobres pueblos los que se dejan seducir por retóricos y sofistas! Esta es la gran debilidad de los mediterráneos. Los errores de Italia, Francia, Rumania, Portugal, son también nuestros. Sentimos, por esta causa, una gran simpatía hacia ellos. Muchas de sus faltas nos fascinan y atraen involuntariamente. Pero debemos reaccionar contra esas debilidades sentimentales y apartarnos temporalmente nuestra extática mirada de las bellezas del *Mare Nostrum*, tornarlas hacia aquel gris, trágico y misterioso, cantado por Enrique Heine en inmortales versos. La luz, sin duda, viene del Mediodía; pero la fuerza reside en el Norte. ¿No podríamos realizar el sueño de Goethe uniendo a la griega Elena con Fausto, el místico doctor alemán? El Euforión que de ellos naciera, reuniría, tal vez, las excelencias de Atenas y Esparta; tendría el ingenio, gracia y belleza de los mediterráneos, y la energía paciente, organizadora y metódica; el sentimiento profundo del deber y de la disciplina; la técnica sabia y todopoderosa, de los alemanes.

M. DE PALACIOS OLMEDO

¡El señor está indispuesto!, por Selma.



El señor no come ¡es grave dolencia!
tiene náuseas y tiene mudada la color;
el señor está triste, el que tanto reía
y ya no nos insulta ¡oh que pobre señor!

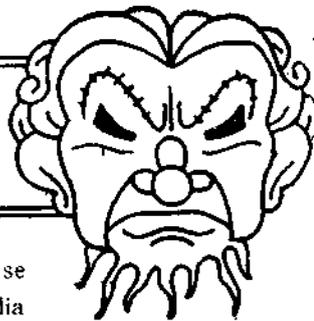
Dice que no sabe lo que tiene dentro:
el médico ha dicho que es una indigestión

y le hemos traído ahora un parante
en una botella de Moët Chandon.

El se quejaba mucho de la cabeza
y al reconocerle le dijo el doctor;
—“Esté usted tranquilo conde, en la cabeza
no tiene usted nada,” —¡qué pobre señor!



TEATROS



Odeón. *Cuento del Lar*, tragedia rústica en cuatro actos verso y prosa, original del presbítero D. Antonio Rey Soto.

Este «Cuento del Lar» de D. Antonio, nos sugiere un sin fin de problemas, a saber: ¿la tragedia, la verdadera tragedia — aparte de nuestra íntima tragedia nacional — tomó naturaleza española? ¿Resucitará la forma poética? ¿Hasta qué punto nuestra pobre vida campesina es teatral? ¿Hasta qué punto también, en los tiempos que corren, un presbítero joven, tiene derecho a bucear en cosas del amor, de lo que nada debe entender, piadosamente juzgando?

El desarrollo de cualquiera de estas inocentes preguntas, nos llevaría muy lejos, impidiéndonos concretar, al ocuparnos de la obra estrenada hace días en el Odeón, que era nuestro único cometido... Dejando para otro tiempo y otro lugar, el completo desarrollo de estos temas que ahora iniciamos solamente, vamos a ceñirnos al asunto, ocupándonos en esta crónica del famoso «Cuento del Lar».

En primer lugar, lo de llamarle a este cuento *tragedia rústica* nos parece un poco portugués. El Padre Soto, que seguramente es versado en antiguas humanidades, comprenderá que su enteco cuentecillo, no se puede hombrar con cualquiera de las clásicas tragedias, que no cito, por no querer pedantear. Le falta a la obra de Rey Soto la amplitud, la unidad, la humanidad de cualquiera de las que tome por modelo; le falta el nervio recio que la sacuda toda; le faltan figuras principales; le falta acción... Pero dejando aparte estas ligeras cominerías técnicas, que no vienen a cuento, aunque el *Cuento* sea del *Lar*, nos vamos a permitir una respetuosa indicación. ¿Por qué el Sr. Soto, que parece ser un escritor de cierta estima, un prosista ¡entendámonos! (*un poeta, no*); ¿por qué no hizo una, tragedia moderna, con tipos y costumbres de su país, con caciques, con saludadores, con iluminados, que los hay, con recio ambiente y gran vitalidad?; en contraposición, ¿por qué no hizo una obra clásica, con frailes y peregrinos, molineros, caballeros y pícaros, duques y príncipes, que existieron también? Es decir, ¿por qué de su única tragedia, no hizo dos? De este modo le hubiera sido más sencillo al prosista Sr. Soto una cosa de cierta importancia que el otro día no logró, esto es: interesar; lo que hace años se decía sencillamente cautivar; lo que los niños de ahora, que son niños terribles, dicen con cierta rudeza «meterse en la acción». ¡No comprende el Sr. Soto que nos obliga a una serie de maniobras fatigantes para poder seguirle hasta el final.

Ahí es nada: como que comienza su tragedia —llamémosla así— en una cocina gallega de ahora; pasamos por una choza feudal; conocemos a un duque, a una duquesa y a un bufón de romance; oímos unas terribles tiradas de verso que nos empujan bárbaramente al sueño —la tragedia entonces se da en nosotros—, y al final volvemos a encontrarnos adonde estábamos al principio, y de donde no debimos salir. Esto sí que es trágico: ¡salir de casa una noche muy fría, en pos de una emoción; hacer un viaje incómodo hacia los siglos medios; conocer nuevas gentes que es cosa har-to molesta, para llegar a la conclusión final de que la tragedia, la

verdadera tragedia rústica, simple y natural, se nos quedaba en la cocina (que es donde la tragedia diaria más vulgarmente se da...)

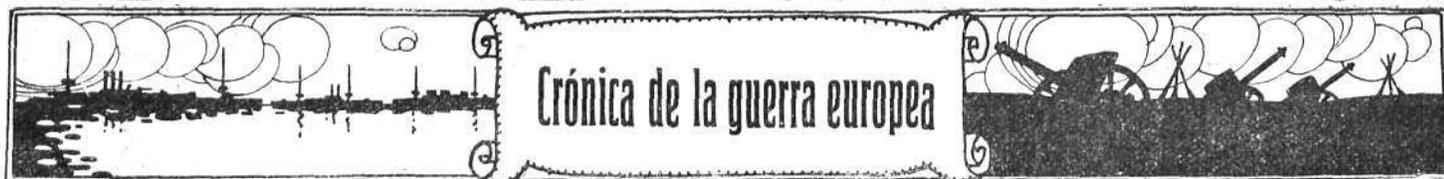
Algo nos indemniza de nuestras molestias y afanes, el trabar conocimiento con la *meiga* (Irene Alba), que es una meiga de verdad; el ver a la espléndida María Gómez en traje de pechera antigua, que es un trajecito que la está muy bien; y el contemplar las decoraciones de Amalio Fernández, muy artísticas, muy entonadas; pero en cambio hemos tenido que soportar con cristiana resignación aquellos recitados del Sr. Muñoz —creo que se llama Muñoz— que extiende los brazos y fatigaba con los dedos, y fatigaba con los ripios y fatigaba con cuanto hay que fatiguar. ¡Y nosotros que éramos de los que ingenuamente creíamos que la forma poética en el teatro, estaba llamada a desaparecer! ¡Y nosotros que poníamos a la cuenta de los beneficios de la guerra el que los malos poetastros como Unamuno, por ejemplo, se habían tenido que callar! ¡Y nosotros, que aún no hace días en otra croniquilla, decíamos algo verdaderamente malicioso, contra los procedimientos de Vico y Calvo que creíamos muertos!

Pero, en fin, como es delito perpetrado, la cosa ya no tiene remedio. Ahora sí, que todos los que estamos desinteresadamente interesados por la salud pública y privada del Arte, de nuestro Arte, debemos velar por su profilaxis, por su conservación, y exponer nuestros puntos de vista sobre el particular, y dar indicaciones más o menos acertadas, pero de buena fe, a los escritores noveles, aunque estos sean sacerdotes, sobre todo cuando estos escritores noveles tienen además talento y aptitudes, como parece que indudablemente las tiene el Sr. Soto. Para conseguir esto, me permitiría, con toda modestia, recomendar a este señor el detenido estudio de tragedias modernas que han resuelto ya este problema de adaptación, y como supongo que el alemán no le conocerá, lea en italiano a D'Annunzio a Sem Bennelli, cualquiera de ellos le puede servir. Estudie allí los ambientes, eso tan fino e impalpable que rodea a las figuras principales, lo que las delinea y define, lo más difícil; lo mejor, pues esto es precisamente lo que le falta a su obra, a pesar de todo el ambiente gallego que parece querer tener. Si conoce el inglés, lea en Shakespeare: *The Merry Wives of Windsor*, verá que provechosa le ha de ser esta indicación. Había dicho que no quería pedantear, pero...

Otra recomendación de mucho interés, es que retire, y pronto, su tragedia rústica del Odeón, y haga que la representen en Orense. Allí seguramente le han de comprender mejor. En Orense, como en Murcia, como en León, supongo que vayan medio siglo atrasados en cosas de teatros, y en estas condiciones, su tragedia estará muy bien. Ahora que con cuidado, a fin de que cuando le hagan la reseña en *El Orensino*, de Orense, no le terminen la crítica con este párrafo final: «el aplaudido sacerdote, fué varias veces llamado a escena.»

Esto se presta al parecer a interpretaciones variadas, y en provincias, en general, son muy burlones, pero en Galicia más.

DON LÓPE.



Cuando empezaba la guerra entre Alemania y Austria-Hungría por una parte, y Francia, Rusia, Bélgica y Serbia, por otra, se unió Inglaterra al partido de los últimos, y se creyó por muchos que su acción había de decidir el resultado de la contienda. No fué así y las cosas siguieron como estaban. Al leopardo inglés siguen los chacales albaneses y montenegrinos que tampoco consiguieron hacer presa en las fronteras austroalemanas. Italia, la maquiavélica, se suma a la comparsa, y aunque en algún momento consiguiera pequeñas ventajas, todos recordamos cuán tremendo ha sido su movimiento de reflujo. Rumania, que cual el jugador de ventaja, había creído, después de mucho tiempo de observación, haber encontrado la martingala para no perder, va a postarse sumisa a los pies de los aliados. Estas echan las campanas al vuelo gritando ¡eureka! Habían encontrado el peso que vencería el fiel de la balanza. Pero, ¡oh designios de la mala suerte! El tiro preparado con pólvora rumana *les sale* a los aliados *por la culata*.

Así las cosas, hay que pensar en una nueva ayuda, ya que las empleadas hasta aquel momento no fueron suficientes. Semeja esta política de la Entente á lo que ocurre cuando un obrero ha de levantar un gran peso y no puede. Llama en su auxilio al compañero: ¡a la una, a las dos y a las...! No pueden; hay que llamar a otro y... y a otro... y... el peso sigue en tierra.

Poco escrupulosos los aliados, no reparan en medios y buscan el concurso de Norte América, sin tener en cuenta que en Europa estamos, y que de intereses europeos se trata. Notan que se ahogan y en Yanquilandia, encuentran el clavo ardiendo a que agarrarse. ¡Ahora sí que sí! gritan los de la *múltiple* y sus congéneres los aliadófilos de todas las latitudes. ¡Contados son los días de Alemania! Pero, he ahí, que a esa *música* le ponen los austroalemanes *letra* con las puntas de las bañonetas en Italia y Rusia, y con la pluma que firma tratado de paz con ésta y Rumania.

El nuevo auxiliar ha resultado también deficiente, hasta ahora, y de seguir así ¿qué esperanza pueden tener los aliados, cuando según *Le Pays* entre los pliegues de la bandera de América está envuelto el *oscuro* porvenir de Francia?

La Entente tiene recursos para todo y, sin duda, para disipar su *obscuridad*, ha pensado en el imperio del Sol naciente. Faltaban los nipones en el mosaico aliado, y había que ponerlos; harán bien.

Recelosos andan, sin embargo, los americanos e ingleses con la intervención japonesa en Oriente. Sería la primera vez que estuvieran todos conformes en una cosa y es que, claro, *¡son tantos!*...

Por esta razón, y a la manera de lo que sucede en el ejemplo antes citado, cuando unos acuden, otros se han desaparecido ya y se marchan. Así vemos que a la paz con las distintas nacionalidades de Rusia, va a seguir la de Rumania y ya se asegura que harán lo propio Serbia y Montenegro.

Si Serbia y Montenegro firman la paz queda espedito para los centrales el camino hacia Grecia, con lo cual resultaría comprometidísima la situación del ejército francoinglés de Salónica.

Veríamos en este caso repetirse el final de la aventura de los Dardanelos, es decir, abandonar rápidamente Salónica los aliados entonando el *mea culpa*. No se irían solos, pues seguramente les habían de acompañar Venicelos y sus amigos, guiados por instinto de conservación.

Grecia, que siempre ha tenido sus simpatías por los centrales, se verá pronto libre del yugo aliado.

Al llegar a este punto, me dan la noticia de que Serbia desmiente el que ella haya pensado en tratados de paz.

No por eso tengo que modificar nada de lo dicho anteriormente, pues si dicha nación no se aviene a razones por las buenas, tendrá que hacerlo por las malas. En la Rusia del Norte y en Rumania, tiene el espejo en que mirarse. Cuando hablan los hechos, las palabras tienen poca fuerza. Y si en la paz tienen que doblegarse los pueblos y admitir las condiciones que otros les pongan, ¿qué no ha de suceder en la guerra cuando el que manda es el que ha vencido!

De día en día aumenta la actividad en el frente occidental. Los alemanes efectúan a diario ataques en distintos puntos del frente, sin duda, con el fin de apreciar la solidez y consistencia en cada sector de la línea de combate.

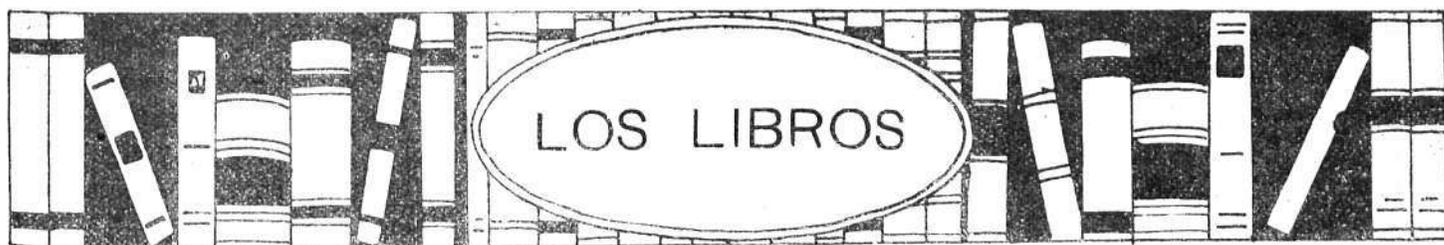
Según noticias que llegan de Suiza, se considera allí como probable el que la ofensiva en Occidente alcance también a Italia, bien separadamente del frente francoinglés, o bien simultaneando el ataque.

Cuando en uno de mis artículos anteriores me ocupé de la ofensiva en Occidente ya dije que me parecía muy probable que alcanzase también a Italia.

Los americanos son hombres prevenidos, no han hecho más que poner los pies en Francia y ya piden 40.000 enfermeros para la Cruz Roja.

¡Quiera Dios que antes de llegar este último cuadro de esta terrible tragedia, renazca en el mundo la caridad cristiana y con ella la paz universal!





Louis Leger: *Le Panславisme et l'intérêt français.*

Paris, 1917.

Louis Leger es un eslavófilo. Desde hace cincuenta y cuatro años está dedicado al pueblo eslavo, y del continuo trato con el objeto de sus estudios se le ha desarrollado el amor... hasta el punto de ser más paneslavista que los mismos eslavos.

Sus publicaciones son de muy diverso calibre científico. Unas, como *Les Racines de la langue russe* o *La Mythologie slave*, son de laboriosa investigación, bien apuntalada con eruditas notas. Otras, como las diminutas historias de Rusia y de la literatura rusa, están escritas con fines divulgadores para un público más extenso.

Le Panславisme et l'intérêt français y algunos folletos de escasa importancia, son las aportaciones que ha derivado Leger de su labor científica para engrosar el informe montón de publicaciones de la guerra.

Es curioso contrastar el éxito que tienen en Francia las ideas paneslavistas actualmente con las persecuciones e injurias que sufrió Leger cuando, en tiempos de Napoleón III, comenzó a difundirlas. Entonces, en cambio, había en Francia pangermanistas, como el Conde de Gabineau.

Tiene, pues, el libro que nos ocupa, una preparación de medio siglo. Todos los estudios eslavistas de tan laborioso autor están enfocados al problema de la guerra, para buscarle a su luz una solución. Hemos de ver cómo este problema está planteado y resuelto con toda la ingenuidad y torpeza del sabio que sale de su laboratorio y resulta deslumbrado y aturdido al contemplar la realidad.

Comienza Leger por hacer un cuadro de la raza eslava y las historia de los eslavos del Báltico y del Elba, hoy difuminados en la población alemana. Luego busca la voz de la raza consciente de sí misma, en filólogos, poetas e historiadores.

Son particularmente interesantes los capítulos dedicados a Krijanith, gran figura del paneslavismo en el siglo XVII; al poeta Kollar, cuyos ideales se redujeron a la mutualidad literaria entre los pueblos eslavos, sin pensar en utopías de unión política; al Congreso eslavo de Praga en 1848 y al de Moscou en 1867.

No podían faltar en un libro de tal asunto y de esta aciaga fecha, las inevitables consideraciones respecto a la situación desfavorable de los eslavos en Austria-Hungría. La unanimidad y entusiasmo con que luchan hoy todos estos pue-

blos por la causa de su Estado, prueban que hacen suyas las palabras de Palacky, el historiador nacional de los tchecos, cuando decía: "El mantenimiento de la integridad de Austria y su desenvolvimiento son de una gran importancia, no sólo para mi pueblo, sino para Europa entera, para la humanidad y la civilización.."

Pero ya quedamos en que nuestro autor pretendía hacer no sólo historia del eslavismo, sino política de la guerra, y aquí es donde comienza a desvariar del modo más lastimoso.

Parte de que esta guerra es una lucha de razas. A un lado la raza eslava; al otro el mundo latino, representado por Bélgica, Francia e Italia, y en medio, y contra todos, la poderosa raza germánica. "Es la lucha del celta contra el germano..", cuentan que exclamaba, poco antes de morir en las trincheras, el arqueólogo francés Dechelette, para quien la guerra era también hija de un odio antiguo de razas.

Días atrás leíamos en el último libro de Nicéforo (*l'Germani. Storia di una idea e di una razza*, Roma, 1917), que sólo una minoría de alemanes eran de raza germánica. Decididamente, en la "guerra de tinta", les es tan necesaria como en la otra, a los aliados, la unidad de mundo.

La más vulgar y conocida realidad se alza para responder a la tesis de Leger, que con los pueblos centrales combaten los búlgaros, para no citar los eslavos comprendidos en estos imperios; que el mundo latino es una ficción etnológicamente considerado, y, finalmente, que queda fuera de ese reparto de las nacionalidades en grandes unidades étnicas, nada menos que Inglaterra, que es, como todo el mundo sabe, quien mueve con sus hilillos económicos los personajes a ella afectos en la gran tragedia de que es autora.

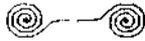
Leger no tiene confianza en que las razas eslava y latina logren por ahora triturar, como enormes brazos de gigantesca tenaza, a la ambiciosa raza germánica, y teme por el imperio africano francés, por el de Italia y por el dominio colonial inglés. "¿Cuál es el organismo bastante poderoso para conjurar estas catástrofes?," Pues sólo una enorme confederación eslava, que ha de tener no menos de 160 millones de almas, y llegar desde el Báltico al Mediterráneo, del Adriático al Pacífico. No cabe duda que esta gigantesca y bárbara Slavia logrará aplastar a la culta Germania. ¿A Germania sólo? Por si estas utopías llegasen a realización, preparémosnos a exclamar: *De furore barbarorum liberanos, Domine!*

El gran error de tan ilustre paneslavista estriba en creer

que la raza sea el elemento constitutivo de las nacionalidades. La más ligera consideración de las que hoy son tenidas por tales, nos indica que están formadas por variedad de razas, constituyendo algunos verdaderos mosaicos étnicos, que por la continuidad de una misma acción histórica acababan por adquirir la conciencia de su nacionalidad.

Mas no insistamos en la crítica. Sería cruel enseñarnos con este libro, en el que hizo presa la censura, que harta ya de cebarse en la prensa, no respeta en el libro el santuario del pensamiento. La historia de la guerra en estos últimos días le ha trazado un epítogo irónico. Mientras Leger sueña con unir a los eslavos para hacer la guerra, en las ruinas del gran imperio ruso brotan nuevas nacionalidades, y al conjuro de este fraccionamiento, el sol de la paz ha salido por Oriente.

JOSÉ ANTÓN.



R. Blanco-Fombona, *Cancionero del amor infeliz*. Madrid, "Editorial América", S. A., 1918.

Es este el quinto libro de poesías que publica el señor Blanco-Fombona, escritor americano de varia y fecunda producción literaria: versos, novelas y cuentos, crítica, historia y sociología, crónicas. Hombre de negocios bien acreditado, como editor de las profusas colecciones de la casa "Editorial América",... es lección viviente para nuestros literatos marmotas y para nuestros negociantes inespirituales o analfabetos.

Véase como pone hiatos poético, en una vida febril, el espíritu de un hombre moderno:

SEPARADOS POR LAS REJAS DE LA PRISION

I

EL VUELO DE PSIQUIS

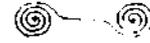
Me abrumba el calabozo. Cruzan mi alma inquieta
pensamientos oscuros;
y rómpense, al abrirse, mis alas de poeta,
contra los cuatro muros.

En sepulcro ¡y viviente! ¡Son eternos los días
y las noches eternas!
Las Penas me acompañan. En mi torno hay espías
y grillos en mis piernas.

Pero al cerrar los ojos: (luz, campo, cielo) miro
romperse las cadenas;
y al brazo de mi novia en el jardín respiro
magnolias y verbenas.

Gozo el aire, las nubes, y el chorro del estanque
frescor como mi amada...

Alguna cosa es bueno que el Déspota no arranque
ni tenga encadenada.



Juan Zaragüeta.—*Ciencia y cultura*. Madrid, imprenta Tello, 1918.

Es una conferencia dada por el autor —uno de nuestros contados filósofos españoles— en el Ateneo de San Sebastián.

No era, ciertamente, la almirada plaza donostiarra el lugar más a propósito para inspirar profundos conceptos; mas póngase en el haber que ello no ocurría en verano, sino durante el pavoroso Diciembre cantábrico.

No obstante, aquel ambiente —escribimos bajo la sugestión de una cita de Taine —, donde la moda hace su curso de extensión universitaria... francesa, pudo bien haber impuesto al autor el imperativo de la novedad ideológica. Porque —sinceramente — si las elegantes damas de San Sebastián, presentes a la conferencia del Ateneo, hubieran podido ver la tesis vestida con el traje de la época en que se lanzó... ¿no se hubieran horrorizado?

Todo eso de que la instrucción sin educación resulta insuficiente, ante la crítica de la moral práctica, es verdad, muy verdad. Demasiado verdad, acaso, para que valga la pena de repetirlo, con citas de libros de medio siglo ha, y en la elegante playa de San Sebastián, nuevo árbitro de la moda.



Caricatura del Maestro Bonilla y San Martín, que decora el *menú* del banquete con que fué obsequiado en Santiago de Galicia el día 4 del corriente. Fué un homenaje de entusiasmo por su triunfo moral en las últimas elecciones, organizado por los estudiantes de aquella Universidad.

Publio Heredia Larrea. -- *Ensayo sobre la evolución de las ideas políticas en España.* -- Madrid, 1918.

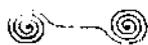
El libro del Sr. Heredia es, ante todo, un libro de buena fe, como dijo Montaigne del suyo. Su autor enjuicia la vida pública española con un criterio sano, atinadísimo y patriótico. Con bríos juveniles, aun cuando peina canas, rompe caballerescamente una lanza en pro del sentido común, menos frecuente aún en política que en otras ramas de la actividad del hombre, el cual se halla íntimamente solidarizado y unido con el instinto de conservación en su más alto y noble aspecto.

Aun cuando el autor comienza hablando de aquella célebre *Vicalvarada*, jalón primero de sus recuerdos políticos, el libro está dedicado, casi exclusivamente, a los graves acontecimientos sucedidos en nuestro país desde Junio a Noviembre del año pasado.

Sin duda alguna, compartimos casi todos los severos juicios del Sr. Heredia sobre las mentiras convencionales de nuestras flamantes instituciones políticas modernas. Pero ¿cómo mejorarlas? ¿Con qué sustituirlas? La mejora de las almas individuales es base única de la colectiva. Mas ¿quién espera los frutos de esa labor lenta y penosa? ¡Hermosa y necesaria tarea la de hacer verdaderos ciudadanos si mientras se realizase pudiéramos suspender el curso turbio y tortuoso de la vida pública!

Los pastores políticos desean que las ovejas y carneros sigan siéndolo, porque no quieren quedarse sin rebaño. Hasta saben ellos a qué atenerse sobre los elixires que pretenden colocar en sus clientelas. En esas luchas mezquinas entre pasiones e intereses, las ideas sólo aparecen como el pabellón respetable y digno que cubre una mercancía inconfesable.

Con tacto exquisito rehuye el Sr. Heredia todo argumento *ad hominem*. Sus vibrantes juicios, técnicamente amargos, sirvelos aderezados con una ironía netamente castellana. Ello es causa de que el libro, al par de sólido y jugoso, resulte simpático y ameno.



A. Pérez Muñoz, *La Caridad.* Badajoz, tip. Uceda, 1918.

El Autor, poco conocido hasta ahora en el mundo intelectual, es una de las más altas mentalidades del episcopado español, en el que figuran, con inferior mérito, exhibicionistas poco decorosos, como un popular arzobispo aliadófilo, caso de megalomanía y ejemplo de indiscreciones.

No por ser miembro del episcopado católico ha de ser necesariamente retrógrado un obispo español, que en los Santos Padres está el germen del más puro socialismo. He aquí una cita de San Ambrosio, que aparece en el libro del Sr. Pérez Muñoz: "¿Dónde está la injusticia —decís—, no quitando los bienes a otros, y conservando los nuestros con cuidado? Me habláis de vuestros bienes. ¿Dónde están? ¿Son los que habéis traído al mundo? Habéis venido desnudos. ¿Son los que poseéis ahora? Si realmente os pertenecen, ¿porqué os los arrebatara la muerte? Robar al que tiene, y negar auxilio al que no tiene, son dos pecados iguales."

Con pastores y maestros así se haría la educación nacional conjuntamente, y poco faltaría para emular a Bélgica, el país de los obispos sabios.

M. DE P. Y O.

De todo libro que se nos envíe daremos cuenta en esta sección, y trasladaremos aquí su Índice o uno de los capítulos, cuando se juzgue interesante.



El águila de la paz, por Kilom.



DE LA SEMANA

Ratas de tranvías

Uno de nuestros compañeros salió de su casa el día 12, y confiando en que el día no era aciago, tomó el tranvía número 14, que salió de la Glorieta de Quevedo a las doce y veinte minutos de la mañana (ante todo, la puntualidad). Como no tenía suelto, entregó al cobrador un duro, perfectamente madrileño, de la misma Casa de la Moneda. Ha reclamado la devolución en la Dirección de los tranvías, hasta ahora inútilmente. Allí vió a muchas personas que presentaban idénticas reclamaciones. En el tranvía, tomado próximo al punto de salida, aún no había ingresado ningún viajero... ¡Faltan testigos!

Pero a otro amigo nuestro, viniendo de los Cuatro Caminos, el cobrador le negó dos pesetas que aquél le había entregado a vuelta para cobrarse del billete. Gracias a la piadosa intervención de algunos viajeros, que recordaban haber visto la entrega, el aprovechado cobrador hubo de entregarse...

No vale la pena de llevar estas cosas al Juzgado de guardia; pero sí a la Prensa, para que el vecindario —que se subscribió por miles de pesetas a favor de los tranvías— esté prevenido. Y pedimos a la Dirección de Seguridad que ponga en los tranvías este rótulo:

¡Cuidado con los cobradores!

Humoradas del Morse

El señor duque de Bivona, grande amigo del rey y director general de Comunicaciones por su real gracia, recibía

todos los días telegramas cifrados. Tomaba en sus manos el duque la secreta clave; entregábase a la ardua labor de traducir los signos esotéricos de la cinta y... ¡horror! ¡Un insulto! Seguía traduciendo el duque y... ¡pardiez! ¡Un de-nuesto! Volvía a su tarea y... ¡diablo! ¡Una injuria!

Ordinariamente, las injurias eran personales; pero a veces —¡caray! ¡caray!— eran contra la familia.

Los telegrafistas —con cuyas Juntas de defensa parlamentaba cortésmente un día y se negaba a recibir al siguiente— le habían descubierto la clave, y ellos, que deben ser unos *bivones*, se divertían con él...

Entretanto, el duque negaba, rotundamente, hasta la posibilidad de la huelga... Y véase el éxito del *amigo*...

¿Duque de *Bivona*? No; que le cambien el título.

Un gran artista

Se asegura que Don Melquiades (de quien nada se oía) está haciendo ejercicios espirituales, en un ambiente de silencio que preocupa a su familia y amigos.

Se anuncia un nuevo acto político de Don Melquiades que —naturalmente— será un acto muscular; no de acometividad, sino de salto. Y esto tiene preocupada a la opinión. ¿Qué nueva excursión aérea puede realizar Don Melquiades? El ha sido republicano y él ha sido monárquico; fué un terrible enemigo del régimen en el Frontón, y un afectuoso camarada del régimen en la Casa de Campo.

¿Qué puede ser ese volátil político?

Pues, lo que ha sido siempre: un gran artista... de circo.

Servicios de la Compañía Trasatlántica.

Línea de Cuba-Méjico

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz, Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires y emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New-York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curacao, Puerto Cabello, La Guayra Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.



IDEAL MESA DE CAMA Y BIBLIOTECA

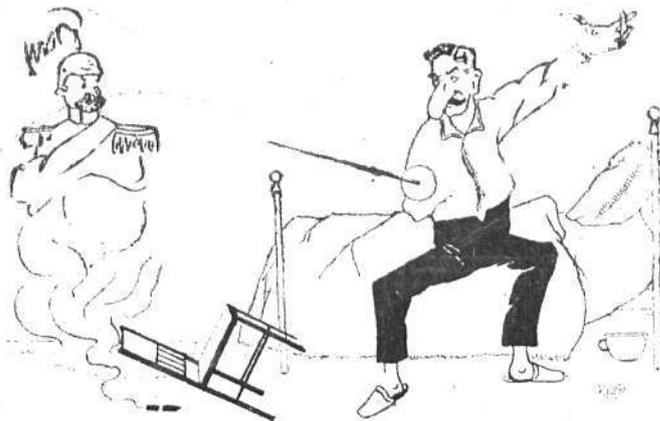
formada por un tablero de 61 por 46 centímetros, que sube o baja a voluntad y se inclina instantáneamente a cualquier ángulo deseado, desde el horizontal al vertical; con soportes plegadizos para libros, y otro tablero, de 33 por 22 centímetros, que sirve de pequeño atril
o mesa auxiliar

Es el mueble más útil que se ha inventado. Construcción científica de tubos de acero. Peso con embalaje,
15 kilos

PRECIO: 68 PESETAS

L. ASIN PALACIOS

Preciados, 23, Madrid.



¡No me causas pavor, sombra maldita!

Banco Alemán Transatlántico, Barcelona-Madrid.

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA

Caballero de Gracia, 60
MADRID

FÁBRICA DE ARTÍCULOS DE PIEL

ESPECIALIDAD EN ENCARGOS
:: OBJETOS PARA REGALOS ::

CASA FUNDADA
EN 1846

E. LOEWE

PROVEEDOR
DE LA REAL CASA

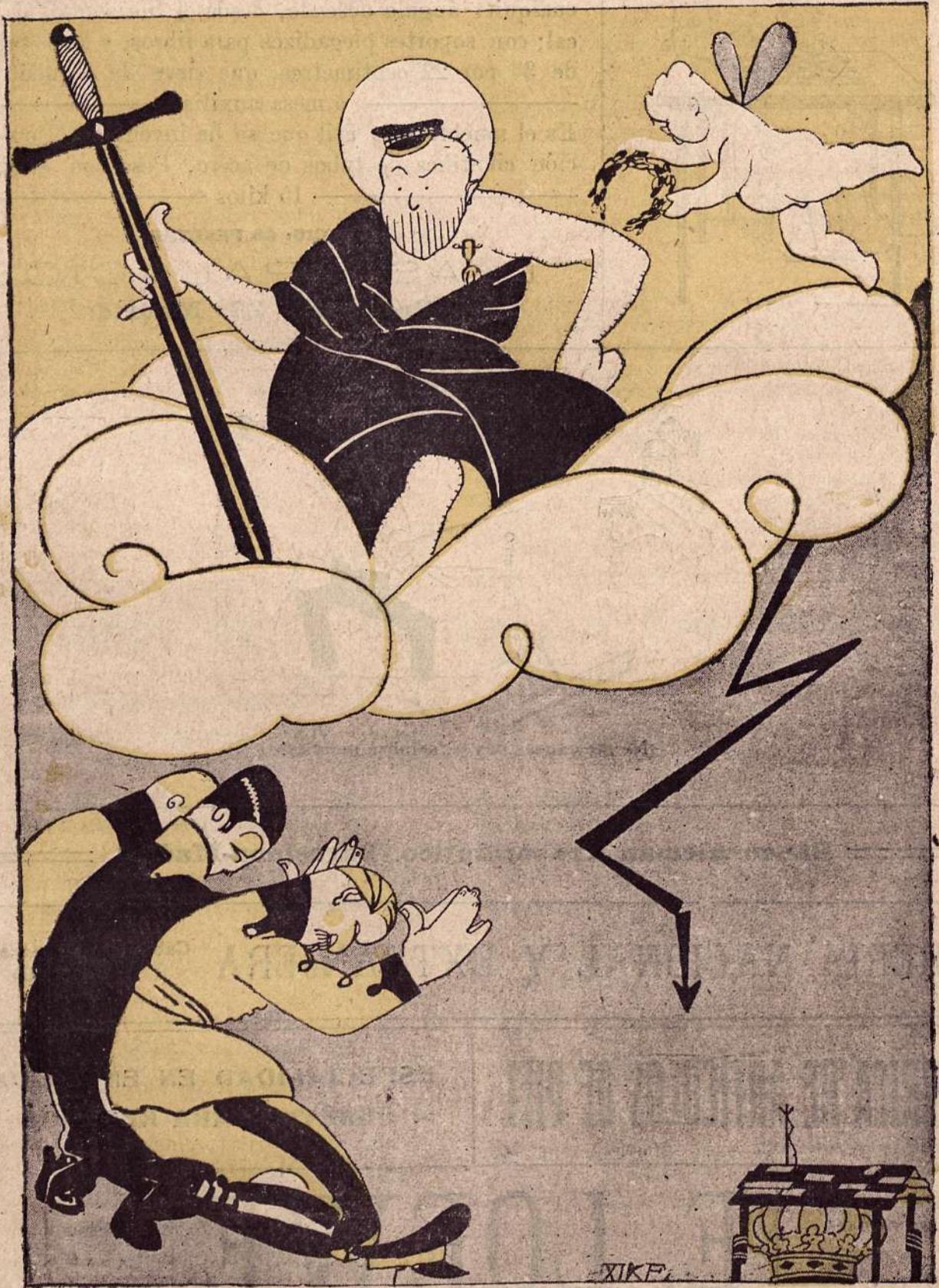
CASA CENTRAL EN MADRID

SUCURSAL EN BARCELONA

Príncipe, 39, teléf. 1810. Apartado de Correos 319

Fernando, 30.

Las nuevas tablas de la ley



«Grande es Dios en el Sinaí, el trueno le precede, el rayo le acompaña.»

(Emilia Castelar.)